

García para que aguardara al General Díaz en la mañana del 16 de Septiembre; lo que nunca llegó á tener lugar, por haber sido materialmente imposible efectuar la fuga en esa noche.

A muchos peligros se exponía Martínez llevando estos mensajes del General Díaz á sus amigos fuera de la prisión; pero simulaba tal aire de estupidez, que apartaba toda clase de sospechas del General Thum y de los oficiales y centinelas franceses que tenían á su cargo la guardia del distinguido prisionero liberal.

Aunque el General Díaz tenía la mayor confianza en la honradez y fidelidad de Martínez, y aunque en otras ocasiones le había confiado comisiones de gran importancia; procuró ocultarle que era él quien trataba de fugarse, temiendo que el mismo cariño de su fiel criado, en su ansiedad por servirlo, pudiera traicionar por alguna indiscreción su secreto. Por lo cual, le hizo creer que era un amigo suyo el que deseaba fugarse de la prisión, y que era de gran importancia á la causa liberal que tuviera éxito la empresa.

Como Martínez, además de su devoción al General Díaz, era liberal á toda prueba, coadyuvó con la mejor voluntad á llevar á debido efecto los deseos y planes de su amo. Trabajó con fe ciega, y no fué sino hasta que encontró al Comandante en Jefe del Ejército del Este en casa de un amigo del último, en la noche de la fuga de la prisión, que él supo que había estado todo el tiempo ayudando á su amo á obtener la libertad. Entonces fué su placer inmenso. Era el placer puro de una alma sencilla, que no se daba cuenta de que ese día había servido de la manera más señalada á la causa liberal, y que había servido á su país tan bien ó mejor que muchos que ostentaban orgullosamente altas decoraciones militares; pues humilde é ignorante como era Julián Martínez, le debe mucho la causa liberal por la parte que tomó en la liberación del General Díaz, quien estaba destinado á ser pronto motivo de la mayor inquietud para el Gobierno de Maximiliano.

CAPITULO XXVII.

Se pone á precio su cabeza.

Tan luego como se supo la fuga del General Díaz de su prisión en Puebla, el Conde de Thum ofreció en el acto una fuerte recompensa por su captura, muerto ó vivo; y ésto se hizo saber en todos los Estados del Sur y del Oeste, donde era probable que tratara de ocultarse el fugitivo general, y así, todos los jefes políticos de los departamentos de los Estados lo publicaron por bando. Tenemos pues, que muy al principio de su carrera, este distinguido hombre público se vió perseguido como fugitivo y con su vida puesta á precio.

Tenía entonces el General Díaz treinta y cinco años de edad: estaba pues en lo mejor de la vida, teniendo ya gran experiencia en la guerra y en el conocimiento de los hombres, y perfectamente informado de las condiciones y recursos de su país; conocimientos todos, que pocos hombres llegan á adquirir aún á edad doble de la que él tenía. Era hombre de gran habilidad, atrevido en extremo y que no conocía lo que quería decir miedo.

Mil pesos parecen poco precio para ofrecer por la cabeza de un jefe militar de la importancia del Comandante en Jefe del Ejército del Este; pero debe tomarse en consideración las circunstancias que prevalecían en ese tiempo en los distritos rurales de México; pues entonces, aún más que hoy, mil pesos eran casi una fortuna no imaginada para los soldados é indios entre los que Díaz se mantenía oculto. Y una gran prueba de su popularidad entre esa gente es, que ninguno de aquellos en quien alguna vez se confió, intentó jamás traicionarlo.

El mismo General Díaz dice que el Coronel García tenía arreglado un sistema de alarma para protegerse contra cualquier sorpresa, sistema que era

muy eficiente. Tenía colocados espías en los montes circunvecinos, que estaban en vigilancia constantemente para en caso que se acercara el enemigo. Siempre que la ocasión lo requería, éstos últimos tocaban ruidosos tambores que podían ser oídos á gran distancia; y así le era posible á García escaparse, antes de que el enemigo se percatara de él.

La noticia de la fuga del General Díaz y de su llegada al campamento del jefe guerrillero, se extendió rápidamente por las comarcas circunvecinas, y durante la noche del día que siguió á su aparición entre las fuerzas de García, representantes de diez diferentes municipalidades llegaron al campamento á congratularlo, y á asegurarle que, aunque se veían obligados á aparecer como simpatizadores del imperio, estaban realmente en simpatía sincera con la causa liberal.

En la mañana del 22 de Septiembre, Díaz y García levantaron campo en las montañas de Guerrero, con apenas catorce hombres bajo su mando, todos ellos armados con revólveres y espadas. Con esta mal armada é insignificante fuerza, determinaron atacar los dos atrevidos jefes á la ciudad de Tehuizingo, la cual estaba situada en la línea limítrofe entre Puebla y Guerrero, pero en la jurisdicción del primero de estos Estados. En dicho lugar había una guarnición de fuerzas imperiales consistente en 25 hombres bien armados.

Se dirigieron rodeando á la ciudad, pasando por la parte baja de sus contornos, donde no era probable que fueran descubiertos por estar el terreno bien cubierto de árboles. Allí se dividió en dos partes la diminuta fuerza, una de las cuales se puso al mando de Díaz y la otra al de García. Marcharon sobre la plaza desde dos puntos distintos y cayeron al mismo tiempo sobre la guarnición imperialista. Esta última fué tomada tan de sorpresa, que se rindieron á una fuerza la mitad menos numerosa que la suya, sin haber dado un solo golpe.

Tehuizingo proveyó á Díaz y á García con armas, municiones y otras provisiones militares; é inmediatamente se reclutaron en la población cuarenta hombres, armados mucho mejor que los pocos valientes y esforzados que tomaron el lugar en plena luz del día.

El día siguiente salió el General Díaz de Tehuizingo con su recién alistada fuerza, y poco antes de la caída de la tarde, encontró cerca Piaxtla, un cuerpo de hombres al mando del Coronel Carpintero, al cual inmediatamente atacó, derrotó y persiguió por cinco kilómetros. Los imperialistas dejaron abandonado, en su apresurada fuga, casi todas sus armas y sesenta caballos.

Así es de que, en los cuatro días que hacía que el General Díaz había escapado de la prisión, había ya derrotado completamente á dos fuerzas imperialistas bien armadas y disciplinadas, y había reunido á su derredor cerca de 100 hombres con suficientes armas y municiones de guerra, y cerca de cien caballos. Las noticias de su fuga y de sus victorias, se extendieron como el fuego por toda la línea fronteriza entre los Estados de Puebla y de Guerrero. En Tapua se le unió el Teniente Coronel Juan José Cano con setenta y ocho hombres, y pocos días después, se le unió en Tepetlapa Tomás Sánchez con treinta hombres montados.

Mas Bazaine no se había descuidado durante todo este tiempo, y había sido mandado Visoso con 300 hombres de infantería y 50 de caballería en persecución del jefe liberal fugitivo, quien se había visto obligado, á causa de fuertes y constantes tormentas, á quedarse cuatro días en Tepetlapa. En el camino de este último lugar á Tulcingo, encontró el General Díaz á Visoso, y he aquí cómo dicho general describe el resultado de dicho encuentro:

“Muy cerca del pueblo de Tulcingo, en que había una colina de por medio, encontré á un hombre que venía con el pretexto de traer pan á Tepetlapa, pueblo donde hay muchos panaderos.

“Me pareció desde luego inverosímil ese comercio y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, después de amenazarle me confesó que era explorador, y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que la tropa enemiga estaba limpiando sus armas.

“Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio del templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionándole pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de acción. Visoso había huído con sus cincuenta caballos, dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro que tenía en su pagaduría.

“Al día siguiente organicé á los prisioneros, formando dos compañías, que pomposamente llamábamos batallones, dando á mandar una al Mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecomatlán; y la otra al entonces teniente y hoy General Don Mucio P. Martínez.

“Con mi fuerza aumentada así emprendí la marcha para Tlapa, del Estado de Guerrero; y en esa travesía se me incorporó el Coronel Don José Seguran y Guzmán, procedente de la Mixteca, que al rumor de mi aparición por ese rumbo, venía con algunos hombres montados y armados.

“No contando con recursos suficientes para hacer una campaña fructuosa, y teniendo que operar en el Estado de Guerrero, que correspondía á la división militar del General Don Juan Alvarez, me determiné á ir á la hacienda de “La Providencia,” en donde tenía su casa y cuartel general, con objeto de discutir con él algún plan regular de campaña y recibir algunos elementos de guerra, si estaba en situación de facilitármelos. Vivía el General Alvarez con mucha pobreza, y todo lo que conseguí fueron doscientos fusiles de percusión con sus respectivas municiones, y

órdenes para las autoridades del Estado de Guerrero, de donde era gobernador su hijo Don Diego, para que me proporcionara víveres, que me comprometí á coleccionar con equidad en todos los pueblos. Por desgracia, la protección que allí encontré fué infinitamente menor de la que yo me esperaba; sin embargo, la autorización para coleccionar víveres en los pueblos del Estado era una buena base á falta de mejores recursos.”